

Cuántas veces
con mirar resignado contemplaron
sus cansadas pupilas, á la tenue
claridad del crepúsculo, el idilio
de un bravo toro lleno de altiveces
con una mansa ternera joven
de ancas llenas, redondas y lucientes...
Y ellos... no aman ya... son los eunucos
que en el harem del campo languidecen,
mirando las caricias que se hacen
el sultán de las bravas altiveces
y la sultana de ancas opulentas.
A veces luce en sus pupilas, breve
relámpago ardoroso...
Acaso olvidan
su triste condición, quizá recuerdan
el luminoso tiempo en que ellos fueron
también sultanes del harem campestre.
Pero es sólo un relámpago y bien pronto
se extingue, entonces sus miradas vuelven
á ser dulces, suaves, resignadas.
Entonces sus pupilas nuevamente
giran con grave lentitud y nada
pone viveza en ellas: permanecen

clavadas en el suelo y nada miran,
nada ven, nada observan, nada advierten.

* * *

Echados á la sombra de algún álamo
cuya elevada ramazón se yergue
en mitad del potrero, á esa hora
en que el florido campo se adormece
bajo la gran mirada abrasadora
del fecundante sol, indiferentes
á cuanto les rodea, sacudiendo
la sucia piel á fin de que se vuelen
las moscas agrupadas en las lacras
que les hicieran los pinchazos crueles
de la ferrada pica; restregando
las enormes mandíbulas que muelen
el pasto no rumiado en la mañana;
caídas las orejas, como imbéciles,
ahí están los esclavos del trabajo,
los eunucos del harem campestre,
los que no aman, ni juegan, ni retozan;
los graves, los adustos, los que siempre
tristes están pensando en los idilios
de las tardes rosadas...

¡Oh los bueyes!

M. MAGALLANES MOURE

Poeta chileno

¡Todos irresponsables!

La comida se acaba silenciosamente.

Hacía dos días que Cristiana había regresado de su viaje y ya estaban contadas las nuevas que su familia tenía para ella. La joven había recostado su cabeza leonada en el respaldo de la silla y sus ojos de un verde profundo miraban llenos de ensueño un rayo de sol que entraba por la ventana, mientras su pensamiento estaba en la buena tierra que acababa de abandonar.

La tía Luisa habló. Su voz tenía un saborcillo de ironía.

—¿Por qué no has preguntado por tu protegida, Cristiana?

—Como sé que ustedes no la quieren, prefiero ir yo misma á preguntar á ella cómo se encuentra.

—¿Con que irás tú misma? y la tía Luisa tosió con aquella su tosecita que tanto exasperaba á Cristiana, porque sabía era presagiadora de noticias que habían de mortificarla.

—Pues ya desistirás de tu idea, por-

que has de saber que ahora esa muchacha es toda una perdida.

--Toda una perdida, repitió el eco de la tía Luisa, la tía María, una viejecilla seca, tímida, para la cual su hermana era un oráculo que ella respetaba y admiraba.

—¡Oh! Cómo hablan ustedes así, exclamó Cristiana haciendo un gesto de cólera.

—Como lo oyes, hija; tú misma puedes ir á ver la casa que tiene puesta. Te digo que tu angel es una perdida, una cualquiera. No se necesitaba ser sibila para adivinar que así acabaría.

—Cállense ustedes y no digan más infamias, gritó Cristiana incorporándose, mientras la indignación brillaba en su frente. Por fin sucedió lo que me temía; ¡y pensar que no fuí lo suficientemente fuerte para impedirlo! Y quienes tienen la culpa de que esto haya sucedido? Yo, ustedes, todo el mundo!

Sabíamos que por el camino que marchaba iría á la ruina, la vimos pa-